



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Traída de aguas á Cádiz, por D. Francisco Flores Arenas.* = *El estanque del Diablo.* = *El caballero Jolyotte, por D. Amadeo Achard.* = *Correspondencia.* = *Georóglífico.*

TRAIDA DE AGUAS A CADIZ.

La memoria del célebre acueducto de Tempul, del que nos hablan algunos libros de antigüedades gaditanas, especialmente el de Suarez de Salazar, y mas que ella, la necesidad urgente y perentoria que Cádiz tiene de aguas potables, han dado y continúan dando ocasion perenne á distintos proyectos, no todos igualmente hacederos; pero ninguno, que sepamos, en su esencia irrealizable.

Todos ellos se agitan periódicamente, se proponen, se espedientean, siguen sus eternos trámites, llega en esto el verano, los aljibes comienzan á agotarse, despiértase el interés, se escribe, se clama, se chilla; pero en esto aparecen los primeros aguaceros, ya hay para el gasto de casa, nadie vuelve á decir nada ni á ocuparse de semejante asunto, y el espediente, que con el ruido habia comenzado á espezarse como quien quiere despertar, al oír que todo ha quedado de nuevo en silencio se vuelve del otro lado y torna á dormir hasta el verano próximo.

Esta es la historia de todos los proyectos que hasta ahora han surgido para proveer de aguas á Cádiz, y cuando decimos proveer no se entienda que hablamos de la que pueda traerse en barriles ó en pipas; que eso al cabo seria quedarnos como estamos, sino hacerlas llegar hasta dentro de nuestros muros para que puedan alimentar fuentes públicas y ser empleadas por los particulares en sus propias casas.

De este natural deseo, que, como dijimos,

SETIEMBRE.

nace de una necesidad perentoria y hasta con frecuencia apremiante, surgió la idea del pozo artesiano que hace años se trató de perforar; pero idea que siendo de muy dudoso éxito, como no podia menos que lo fuese, hacia vacilar en su fé á los mas, resultando de aquí que no pudiese ser llevada á cabo con aquel teson y con aquella concordia de voluntades que ha menester una obra que exige grandes medios para su realizacion, no siempre ni con mucho, posible.

Semejantes empresas, en las que los recursos públicos de que se puede disponer son siempre ineficacísimos, y que requieren por tanto la cooperacion individual, solo pueden acometerse con probabilidad de buen resultado cuando todos comprenden que aunque sean costosas son seguras, y que la cuestion no es mas que de tiempo y de dinero. Entonces en pueblos como Cádiz todo se hace.

No tenemos necesidad de subir hasta la época del conde de O-Reilly para hallar proyectos de traídas de aguas. En el año de 1855 abrió un concurso el ayuntamiento, por mocion de su digno alcalde el Sr. D. Adolfo de Castro, para que se le presentasen de aquellos, ofreciendo premios á los que, á juicio de una junta pericial que nombró, se hallasen ser realizables. Varios, en efecto, se presentaron; pero tales que solo uno estaba dentro del programa. Este fué objeto de detenida meditacion por parte de la junta; mas hallóse que el plano no ofrecia, como era indispensable, los necesarios datos; que no se habia hecho un estudio cual el que era preciso, ni para demostrar matemáticamente la posibilidad, ni para establecer un presupuesto, siquiera fuese aproximado, del costo de la obra.

Trasladóse este informe á la corporacion municipal, indicándole los medios que, en concepto de la junta, pudieran arbitrase para llevar á cabo el necesario estudio de los trabajos; pero así las cosas ausentóse el autor

del pensamiento, hubo trasiego en el municipio, llovió, y nadie volvió á acordarse por entonces de semejante cosa.

Hará unos meses díjose de público que se habian presentado al ayuntamiento proposiciones por cierta empresa para tomar á su cargo la de la traida de aguas. Añadiase que la tal empresa ofrecia garantías muy bastantes para cumplir todos sus compromisos, y hasta se dijo que las condiciones eran tales que solo pudieran surgir leves dificultades respecto á su aceptacion; pero la verdad es que nosotros, y con nosotros los mas, ni una palabra conocian ni conocen del proyecto; que por tanto no podemos apreciarlo por nosotros mismos; y que á juzgar por los resultados, no serian tan leves aquellas dificultades toda vez que no se ven apariencias de que nada se haga.

Y sin embargo, la ocasion parécenos de las mas propicias. El justo entusiasmo que ha producido en Madrid la traida de aguas del Lozoya, los altos galardones con que han sido premiados los servicios en esta empresa contraidos, la confianza que inspira para el éxito de una obra el alcanzado en otra de igual especie y probabilísimamente de harta mayor magnitud, predisponen los ánimos de una favorable manera, y lo que se emprende tiene ya la poderosa garantía de la buena voluntad y del universal censo.

Nosotros no estamos porque en asuntos de tanta cuantía se adopte cualquier cosa á salga lo que saliere. Es menester estudiarlos antes minuciosamente y por competentes personas; es menester llevar la conviccion hasta el último punto; pero una vez llevada, una vez que haya seguridad de que el proyecto es realizable, creemos que toda la energía, que todas las fuerzas de Cádiz deben ponerse en accion para conseguirlo; creemos que pocas cosas pudieran ser de mayor beneficio para esta ciudad, y hasta creemos que ninguna llegaria á serle mas barata, si se tienen en cuenta y se reducen á suma las enormes cantidades que paga anualmente á los pueblos comarcanos, y en particular al Puerto de Santa Maria, por el agua que de ellos importa; y eso con la inseguridad que ofrecen siempre los trasportes en ciertas épocas y en nuestra bahia, y eso con el recargo nada leve del acarreo hasta las casas, que casi duplica su valor.

Ni es nuestro ánimo ni entra en las condiciones de un artículo, máxime de un artículo de un periódico como el nuestro, seguir paso á paso la historia de estos proyectos, desde que casi se perdió la memoria del acueducto de Tempul. Diremos solo que el ya citado conde de O-Reilly, incansable á ilustrado promove-

dor de mejoras, y á cuya administracion tanto debió esta ciudad, volvió sus ojos á los pasados tiempos, y nuevo Balbo, quiso dotarla de aguas abundantes. La tradicion y la fama, harto mas que un concienzudo estudio, hicieron fijar la atencion en aquel Tempul de los romanos, y en nuestro entender eso fué lo que hizo fracasar el pensamiento.

Nosotros nos inclinamos mucho á creer que hoy no se debe siquiera pensar en Tempul. Las razones que para ello nos asisten no son para esplanadas aquí.

En el proyecto de 1855 se traian las aguas del rio Guadalete mas arriba de la Cartuja. Esto parecia desde luego mas hacedero. Hemos oido decir que en el presente, ó sea en el que se está empollando, se sigue la misma idea.

Mucho esperamos en este punto del celo de nuestras autoridades y del de nuestras corporaciones administrativas; porque si para promover lo que es útil, lo que es mas todavía que útil porque es de imprescindible necesidad, necesitasen otro estímulo que su sagrado deber, le tendrían, y muy cumplido, en la gloria que pudieran alcanzar, y en las unánimes bendiciones de un pueblo, que eternizaria sus nombres al par que la memoria de sus beneficios.

Pero al llegar á escribir esto alzamos nuestra vista hácia la ventana. Está nublado; caen algunas gotas que poco despues se convierten en formal aguacero; el otoño entra el 23 con la luna en Piscis; nubes ó lluvias. Si el almanaque acierta, pronto vamos á tener agua en el aljibe. Adios proyectos. Ya podeis dormir en paz hasta el verano que viene.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL ESTANQUE DEL DIABLO.

En los últimos dias del mes de Abril del año de 1845, Mr. Carlos Dumas, rico armador de Saint-Maló, vino con su familia á habitar una graciosa casa de campo, situada á la bajada que domina la ciudad bretona de Dinan.

Mr. Dumas habia hecho excelentes negocios como armador, y queria gozar de algunos años de reposo antes de dejar al mundo y á su familia.

La quinta que habia escogido, era conocida en el pais con el nombre de *Sableu*, y cuando tomó posesion de ella, hacia mas de dos años que estaba inhabitada.

Mr. Dumas encontró la finca en el mas com-

pleto desórden; la yerba habia invadido los jardines, los árboles no se habian podado, algunos muros del jardin estaban agujereados por la doble accion de la lluvia y el viento.

Mr. Dumas no se desanimó, y se puso á la obra con todo el ardor de un viejo marino habituado á luchar contra los caprichos y las violencias de los elementos. En menos de un mes los jardines tomaron un aspecto muy diferente; los muros fueron reedificados, y la fachada de la casa, que tambien habia sido retocada de nuevo de arriba abajo, parecia sonreirse al pasajero é invitarle á detenerse.

Una transformacion semejante en tan poco tiempo, produjo gran impresion en el pais. Se estaba habituado á considerar el *Sableu* como una especie de sepulcro, lugar de espanto donde no era permitido aproximarse, y mas de un labrador hacia un largo rodeo por no pasar de noche cerca del *Estanque del Diablo*. Este era un sitio de agua junto á la casa, enteramente oculto por un espeso bosquecillo de álamos, y del que salia un murmullo siniestro.

A ciertas horas, en ciertas noches sobre todo, se habian oido ruidos misteriosos: una barca conducida por un hombre y una mujer, se deslizaba silenciosamente sobre las sombrías aguas del estanque; llegado al sitio mas profundo, el hombre salia de la barca y se hundía hasta la cintura en el agua corrompida; á su vez la mujer; despues un cadáver.... La mujer lloraba; estaba pálida, sus cabellos flotaban en desórden, el cadáver tenia una ancha herida abierta en la sien izquierda; la sangre habia corrido en abundancia. Ni un murmullo.... ni una palabra.... Reinaba un silencio lúgubre, que era interrumpido solamente de tiempo en tiempo por los sollozos de la mujer. Esto duraba una media hora; despues de la cual el hombre y la mujer volvian á subir en la barca y llegaban á la orilla. Despues el alba blanqueaba el horizonte, y las dos fantasmas se desvanecian ante las primeras horas del dia.

Mr. Dumas supo al cabo de algun tiempo todos los cuentos ridículos que corrian sobre el *Sableu*; creyó deber enterarse del origen de estos rumores, y lo que supo le probaba bien claro la verdad de este proverbio: *que no hay humo sin fuego*.

La historia que contaron á Mr. Dumas podemos referirla al lector.

Hay de esto diez años aproximadamente. Estamos en 1835. El *Sableu* estaba entonces habitado por un inglés llamado Holder, que vivia solo con su mujer.

Mr. Holder tenia cincuenta años. Mme. Elena Holder tenia apenas veinte y cinco. Pasaban cuatro meses del invierno en Dinan, y

el resto del año en el campo: iban poco á sociedades; una ó dos casas de la aristocracia bretona, y era todo. Mr. Holder parecia amar vivamente á su mujer.

A pesar de estas apariencias que anunciaban una vida feliz, se decia que Mr. Holder era de un carácter violento y brutal; que sus celos tenian feroces resultados, que no le gustaba mas que la caza, y hacian á Elena la mas desdichada de las mujeres.

Se decia además, que Mme. Holder no era precisamente de una virtud intachable; que no amaba á su marido, y que en fin nadie podia probar todavia que era realmente la mujer legítima de Mr. Holder.

Cuando mas se comentaban estos murmullos calumniosos, llegaba la primavera del año de 1837. Mr. Holder y Elena dejaron á Dinan segun su costumbre á los primeros dias del mes de Abril, y fueron á refugiarse á *Sableu*. Mr. Holder parecia el mas bondadoso de los hombres. Elena la mas dulce y la mas sumisa de las mujeres. La primavera se anunciaba en todas partes con dichosos auspicios.

Las hojas empezaban á vestir los árboles; las lilas florecian; los pájaros pasajeros cantaban las primeras canciones de amor; la naturaleza entera parecia animarse y sonreirse bajo las caricias embalsamadoras de la primavera.

Elena se levantaba muy temprano, y escondiendo su frente bajo un ancho sombrero de paja donde flotaban algunas cintas azules, se iba á correr sola y como una niña traviesa, al través de las malezas del parque, y bajo el espeso bosquecillo de árboles al lado del estanque. Mr. Holder por su lado partia á la misma hora, la escopeta sobre el hombro, su perro saltando á su alrededor, y caminaba así frecuentemente una ó dos leguas antes del almuerzo.

A escepcion de un pequeño pabellon situado cerca del estanque y que no habia sido nunca ocupado, la casa de Mr. Holder no lindaba por ningun lado sino con los campos de trigo ó de lino y el camino de París: por lo tanto no tenia nada que temer de sus vecinos. Las visitas que le hacian de Dinan eran bien raras, y sobre todo bien cortas. Venian despues del almuerzo y se marchaban antes de la comida. Mr. Holder se encontraba casi siempre solo con su mujer, y ni el uno ni el otro se quejaban de esta soledad.

Elena era de las mas graciosas criaturas que la imaginacion de un poeta pudo jamás pintar.

Sus ojos eran de una dulzura que aprisionaban á cualquiera: su nariz de un corte finísimo, se diseñaba en una línea pura y correcta; las curvas rígidas de sus labios rosa, se desta-

caban sobre el tono pálido de sus mejillas, y su frente dominando su semblante fresco, se desvanecía armoniosamente bajo la abundante y voluptuosa riqueza de sus cabellos. Elena no era sin embargo fría ni negligente. Había en su andar lento, en sus movimientos perezosos, en sus párpados medio abiertos, un ardor, una viveza, una llama misteriosa y sordamente encubierta, que hacía inclinar hacia ella fatalmente los ojos y el corazón. Además, era joven todavía; se reconocía en su voz, en sus gestos, en sus miradas, una virginidad de impresión que admiraba y seducía.

Se podía muy bien imaginar por su fisonomía una de esas naturalezas enérgicas, igualmente resignadas al dolor ó dispuesta á la lucha. Nunca una lágrima había humedecido sus negras pestañas; nunca una queja habían pronunciado sus labios. Se dejaba ir sobre la ola mecadora de su vida tranquila, y no parecía inquietarse del fin de su viaje. Elena tenía miedo... miedo de Mr. Holder; este hombre lanzaba algunas veces una mirada singular, que ella no había podido nunca sostener. Era alto, robusto, infatigable. Una vez, en un exceso de cólera y de celos, no pudiendo desahogar su ira contra Elena, á la que puede ser hubiera matado, arrojó á uno de sus lacayos por la ventana.

Esta era afortunadamente una ventana del piso bajo; el lacayo había caído causándose algunas ligeras contusiones; pero desde este día Elena no se podía acordar de este suceso sin temblar.

Cinco meses se pasaron y el verano llegó. Era el mes de Agosto. La caza estaba abierta. Mr. Holder salía frecuentemente por las mañanas para no volver hasta la caída de la tarde. Se comía entonces, y después de pasar una hora respirando el aire puro de la noche bajo los grandes árboles del parque, se retiraban, Mr. Holder á su cuarto y Elena al suyo. Mr. Holder se acostaba en seguida y dormía con el mas profundo sueño. Elena velaba frecuentemente, ó á lo menos dejaba su lámpara encendida hasta los primeros rayos del día.

Desde esta época datan los murmullos que corren del origen del nombre *Estanque del Diablo*. Se decía que todas las noches una fantasma blanca, vestida de un largo ropaje oscuro y llevando un fardo que parecía ser de bastante peso, se deslizaba furtiva por la calle de árboles del parque y se dirigía misteriosamente al estanque; abría una pequeña puerta de escape que había en el muro y desaparecía cerca del solitario pabellón.

No se necesitaba mas para mover la curio-

sidad, y durante algunos días el pabellón fué objeto de minuciosas conjeturas; pero era tiempo perdido. El pabellón era mudo como una tumba. Los postigos y la puerta estaban cerrados. No se había visto entrar ni salir á nadie....

La curiosidad no podía penetrar en el pabellón.

Pero pronto cambió todo de aspecto.

Una noche el cielo estaba oscuro y cargado de espesas nubes; algunas gruesas gotas de agua caían de tiempo en tiempo con un ruido seco sobre las hojas sonoras de los árboles, y se oía el sordo rugido de una tempestad lejana.

Acababan de dar las doce en todos los relojes de la casa. Elena se levanta de su sillón, echa negligentemente sobre sus hombros un largo manto cuyo capuchón tapa su frente, y así envuelta bajó al jardín. Cuando puso el pie sobre la arena, un relámpago iluminó el parque y un gran temblor se apoderó de ella, pues á la claridad de este relámpago creyó ver entre la sombra á algunos pasos delante de ella, la figura de un hombre que andaba rápidamente.

El viento principiaba á soplar; las copas de los árboles se inclinaban como á la proximidad de un huracán terrible, y la tormenta continuaba rugiendo. La pobre Elena quiso volverse atrás; pero un sentimiento mas poderoso que su voluntad la decidió á seguir. Poco después llegó al estanque y después á la pequeña puerta del muro.

Apenas respiraba; su pecho henchido de suspiros latía con fuerza; sus oídos zumbaban; apenas veía.

En este momento, la sombra que un momento antes había visto pasar, se presenta de pronto delante de ella, y una mano de hierro le ase del brazo.

(Se continuará.)

L. I.

EL CABALLERO JOLYOTTE.

(CONTINUACION.)

—¿Eres tú el único de la familia que ha ido á visitar á ese terrible viejo?

—No, respondió Andrés; otros me han imitado, y la mayor parte de ellos para conquistar una parte de la herencia.... Ya sabes que tenemos como una docena de primitos....

—Lo menos.

—Pues todos tocaron retirada. El mismo tratamiento produjo el mismo resultado.

Estéban tendió la mano á Andrés diciéndole:

—Gracias, iré á verle.

En rigor Estéban podia romper con la baronesa, prescindir del consentimiento de su tutor, y tratar de vencer á fuerza de ternura el obstáculo que existia por parte de Mr. Durand; pero era hombre que no llevaba las cosas al extremo sino cuando no podia pasar por otro punto.

Las dificultades de la situacion y su amor á Luisa le aconsejaban el contemporizar lo mas posible.

Una vaga esperanza de conciliacion le llevó por la noche á casa de su hermosa prima, que halló rodeada de cuatro ó cinco personas á quienes estaba distribuyendo el maná del sentimiento y de la ternura.

La baronesa le tendió la mano con indolencia y á Estéban le pareció mas vaporosa y mas rubia que nunca. Cuando daba algunos pasos de la chimenea á la puerta, le pareció que un bonito dedo, obedeciendo á una mano blanca, le hacia señal de que se acercara.

Era Aglae, que recogiendo los largos pliegues de su vestido de muselina, le invitaba á que se sentara á su lado.

—Poneos ahí, le dijo prendiendo su aguja en el cañamazo; nadie os disputará ese puesto.

Estéban miró por toda la sala.

—Es verdad, exclamó, no ha venido.

Aglae fijó en él una mirada significativa.

—¿Habeis visto á M. de Sorgues? le preguntó, mientras en su frente aparecia una tinta ligera de color de rosa.

—Sí.

—Cuándo!

—Hace un instante.

—Tanto mejor; hablaremos con franqueza.

Y buscando una hebra de seda é inclinándose sobre su bordado continuó diciendo:

—Esta mañana habeis venido á ver á la baronesa, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y la habeis hablado de nuestra querida duquesita?

—Es cierto.

—Oh! no creais que me enfado, al contrario; me érais muy simpático, y desde ahora os llamo mi amigo.... Pero creo que antes de hablar de este asunto allá junto á la chimenea, habriais debido declararos aquí junto á esta ventana.

Y al decir esto Aglae designaba con los ojos el lugar que ocupaba la baronesa y aquel en donde ella estaba.

Estéban muy sorprendido la pidió esplicaciones.

—Es muy delicado, respondió ella; deberiais comprenderme, lo que lograriais buscando en vuestros recuerdos. Quizás entonces descubririais el sentido oculto de muchas cosas que se escapan á vuestra penetracion.

Y al hablar así con una sonrisita que parecia implorar el perdon, Aglae confesó á su primo que durante año y medio habia sido el espanto de su vida. Como la mas interesada en la cuestion habia echado de ver los proyectos de la baronesa, que no se podian contrarestar con una resistencia ostensible.

Dejando á un lado los sentimientos, quedaban los intereses, y en cuanto á esto la balanza se inclinaba en favor de Estéban. Ahora bien, conocian personas que muy novelescas en palabras lo eran menos cuando terciaba la cuestion de intereses. Otro peligro no menos grande era la preferencia que acordaban á Estéban en contra de Andrés; habia pues que conjurar un doble peligro, lo que se habria logrado con un poco de astucia. La declaracion súbita de Estéban lo habia comprometido todo, porque si bien Aglae era la única que se debia casar, era preciso antes agradar á la baronesa. Andrés sufriria tambien las malas consecuencias de este golpe.

Todo esto fué dicho con mucha finura de expresion; Estéban se habia quedado atónito; la joven silenciosa sabia meditar y sentir en el silencio.

Los jóvenes convinieron en que Estéban seguiria viendo á la baronesa, y que toda la direccion del asunto quedaria á cargo de Aglae, que no se interesaba menos que él en el desenlace.

—Adios, la dijo despidiéndose, sois pues desde ahora el ministro del interior.

Un incidente puso á prueba muy luego la sinceridad de Aglae. Cuando Luisa se presentó á dar su leccion, la baronesa habia mandado á su doncella que la pagara lo que la debia, previniéndola al mismo tiempo que eran ya inútiles sus visitas.

Luisa espantada miraba las monedas de oro que tenia en la mano, y por fin dijo á la criada que deseaba ver á la baronesa. Pero la negaron el permiso para ello, y hubo de retirarse sin haber obtenido una sola palabra de esplicacion.

Instruida de lo que habia pasado, Aglae se dirigió en un coche con una doncella á casa de Luisa. Apenas la vió cuando sin hablarla se arrojó en sus brazos.

—De nada tengo yo la culpa, la dijo; pero perdonadme.

El corazón de la duquesita no pudo resistir á esta muestra de afecto.

—Haré mas aun, la dijo devolviéndola un beso de hermana; en cuanto vos me lo aconsejéis seré la primera en tender la mano á la baronesa.

Bajaron al jardín del brazo. Aquellas dos naturalezas contenidas por causas diferentes, se abrieron una á otra con estremecimientos de alegría. Luisa se mostraba aun muy grave y seria en la espresion de su felicidad; Aglae tenia una expansion mas juvenil con una punta de malicia que hacia sonreír á su compañera.

Luisa conoció por lo que Aglae la decia que Estéban no se lo habia confesado todo; le agradeció su discrecion, pero no estaba muy tranquila sobre el resultado de su conspiracion; se figuraba que aquella amiga que Dios la habia enviado, se hallaba en mejor estado que ella para alcanzar el buen logro de sus deseos. El obstáculo que tenia que vencer era insignificante. Por parte de Luisa, una vez conquistado el caballero Jolyotte, era preciso someter á su padre. Sin embargo, el lenguaje suave y persuasivo de Aglae la dejó calmada sinó curada, y ya miraba en torno suyo con menos inquietud que antes.

Al salir de casa de la baronesa, Estéban tenia ya formada su resolucion. Lo mas urgente era ver al caballero. Al otro dia fué á casa de Luisa, y por la tarde salió de París llevándose en su corazón la querida imágen de Luisa como un talisman.

No habia querido anunciar su visita, y cayó como una bomba en casa de su tutor, siendo recibido por un criado que hablaba con tono meloso y que era Onesimo. El caballero recorria una heredad destrozada por el granizo; Estéban llegaba en mala ocasion, la casa estaba en la tristeza, se habian perdido tres bueyes.

—Comeremos carnero, dijo Estéban.

Pronto conoció Estéban que Andrés no le habia engañado. En la casa reinaba una economía que rayaba en mezquindad; el cuarto que le dieron tenia un aspecto miserable; en cambio se oían muchos discursos sobre la salubridad del clima y sobre las ventajas de la sobriedad.

Estéban lo observaba todo con paciencia; por la noche cuando hubieron despachado prontamente las legumbres con un poco de tocino y los huevos duros que componian la cena, exclamó el caballero:

—No has cenado mal, querido sobrino; pero no te acostumbres....

—No hay cuidado, respondió Estéban.

El caballero con su rostro rubicundo y sus ojos un poco torcidos, tenia un aire irónico

que hizo reflexionar á Estéban. El hombre parecia doble y era digno de estudiarse. En aquel castillo rodeado de hermosos campos, todo era para él indicios y materia de observaciones. Visitó los establos y las granjas, y por todas partes le sorprendió la riqueza de aquella casa. El caballero que iba detrás lanzaba hondos suspiros. Tenia que vender algunas vacas para pagar las reparaciones, y la cosecha no cubria los gastos de la labranza. Los arrendatarios no pagaban, los vinos no se vendian.

—Es una lástima, dijo Estéban; ¿quereis que os preste cien escudos?

El caballero le miró de reojo y respondió:

—Muchas gracias; hoy nada necesito, pero mas adelante no digo que no.

Una noche al pasar á su cuarto Estéban llamó á Onesimo. El viejo criado sin ningun exordio le hizo un curso de moral en el que la economía estaba representada como la principal de todas las virtudes. Su amo pasaba por rico y lo era en realidad; pero muy astuto habia de ser el que dijera á donde irian á parar sus bienes. El caballero no hablaba nunca de esto.... Sin embargo, Onesimo creia que todo seria para aquel que mantuviera las cosas en el estado en que se hallaban: era como una recompensa ofrecida á la avaricia.

Onesimo se interrumpia para estasiarse sobre la finura de las camisas de Estéban; uno de los primitos se habia perdido porque gastaba botas de charol; debian costar muy caras! Si Estéban queria permanecer en el castillo y conquistar las buenas gracias del tio, tenia que formar un plan de conducta; Onesimo le guiaria.

—Bien, dijo Estéban, no te arrepentirás de lo que hagas por mí.

—No lo dudo, repuso el criado apagando una de las dos luces que habia encendido Estéban.

Al otro dia al entrar en el comedor Onesimo le hizo señales de inteligencia. Se habian suprimido en la mesa los huevos duros.

—Onesimo, le dijo Estéban echándose á reír, ya que no hay huevos saca la gallina.

—Dios mio! dónde la iré á buscar?

—A dos pasos.

Y cogiendo una escopeta Estéban mató un pavipollo que hacia la rueda en el corral.

—Recoje y anda á la cocina, dijo al criado. El caballero puso el grito en el cielo.

—Comeremos pues, ya que has hecho esa hazaña; pero cuidado con que se repita: no quiero arruinarme. Yo salgo mañana para un cortijo que está á pocas leguas de aquí, donde permaneceré algunos dias. Vigila con Onesi-

mo en la casa, y si traen algun dinero, guárdale hasta que yo venga.

El tio marchó y Estéban en dos dias revolvió toda la casa.

Tomó á su cargo la direccion de todo con espanto de Onesimo, y se daba una vida de príncipe. Fué aquello un verdadero saqueo en la bodega y en la despensa. Mandó sacar un carricoche para pasearse por el campo, ordenó que amueblaran con lujo su habitacion, y el dinero que recibió le metió atrevidamente en su bolsillo.

Onesimo alzaba los brazos y gemia con desesperacion.

En esto llegó el caballero, y al ver aquel despilfarro llamó á su sobrino.

A las primeras palabras del caballero que gruñia como un oso encadenado, Estéban le declaró que no habia venido á visitarle para morirse de hambre, y que queria comer bien y divertirse. En cuanto al dinero lo devolveria á su regreso á Paris. Hasta entonces el caballero Jolyotte le permitiria recurrir á su bolsillo; gracias á Dios no necesitaba su sucesion; pero ese no era un motivo para hacer penitencia.

El caballero gritó como un pagano; Estéban gritó mas fuerte, y dijo que habia convidado á comer á catorce vecinos.

Durante tres dias pelearon sin tregua, pero al fin de la semana el caballero una tarde que estaba á la mesa donde resplandecian ricos manjares y esquisitos vinos, soltó una carcajada y tendió la mano á Estéban diciéndole:

—Eres un buen muchacho á fe mia; me gusta, y tan cierto como que soy tu tutor, te adopto desde ahora.

VI.

La máscara habia caido para siempre. El caballero Jolyotte era un filósofo que hacia un libro en accion, pues le divertia estudiar la especie humana en la persona de aquellos que le visitaban.

Habia pasado de los cincuenta, no tenia hijos, nadaba en la riqueza, y el cielo le habia provisto de un crecido número de colaterales que aspiraban á la sucesion. Un dia le vino la idea de hacer experiencias de moral, y el primer sobrino que cayó allí fué su primera víctima. Le sometió á un régimen de anacoreta, y no le dispensó de ninguna prueba. El segundo tuvo la misma suerte, y así sucesivamente toda la familia. El criado le ayudaba en esta comedia. Un sobrino que repitió la visita fué tratado como un lacayo; sin embargo, to-

do lo sufrió, y el caballero juró que este no recibiria un óbolo de su herencia.

Uno solo de sus sobrinos le habia dejado con algun sentimiento; era Andrés de Sorges, en quien habia notado una indignacion contenida con dificultad; á este le reservaba una parte de su herencia. En cuanto á los otros le inspiraban hastío.

Así que se marchaba uno de ellos el caballero se reia locamente; cuando el aspirante se iba á la cama despues de haber cenado un plato de verdura, el caballero mandaba sacar esquisitos manjares y vinos escogidos, y brindaba á la bajeza de la humanidad.

Cuando llegó Estéban iba á tomar la resolucion de vivir grandemente y dejarlo todo á los hospitales. La fuerza de la costumbre se lo impidió, pero estaba encantado con lo que habia sucedido.

—Ahora que conoces mi historia, dijo al terminar su relacion, dime francamente por qué has venido aquí. Me acuerdo que un amigo mio que habia viajado mucho, me decia que escudriñando bien todas las acciones de los hombres, siempre se hallaba en el fondo una mujer.

—No era tonto el amigo.

—¿Conque hay una mujer en el asunto?

—Sí.

—Cuéntame pues el caso, que me divertirá.

El caballero Jolyotte escuchó la relacion de Estéban que puso el mayor cuidado en evitar toda particularidad que pudiese despertar las sospechas del tio.

El caballero guiñaba el ojo y se sonreia meneando la cabeza.

—Y luego? preguntó cuando Estéban habia concluido.

—Qué quereis decir?

—Veo que estás enamorado y eres correspondido, y por eso te pregunto: y luego?

—No hay nada.

—Cómo! nada?

—Cuento casarme con Luisa.

El caballero llenó su copa y miró á su sobrino con ojos alegres.

—En mi tiempo los hombres no eran tan sentimentales, repuso; no te critico sin embargo si la cosa te agrada... yo habria huido como una liebre á la idea del matrimonio.

—Es verdad que Luisa no tiene fortuna....

El caballero se encojió de hombros.

—Eso es lo menos, exclamó; la riqueza no es nada, el matrimonio todo.

El caballero vació su copa, y arrellanándose en el sillón repuso con el aire de un monje que confiesa á un penitente.

—Parece que esa boda no agrada á todos?

—¿Habeis recibido una carta de la baronesa?

El tío hizo una señal de cabeza afirmativa.

—Ah! prosiguió lanzando al cielo una mirada que parecia buscar en el aire la señal de recuerdos lejanos; la baronesa tiene ideas en la materia que no están de acuerdo con su modo de hablar.... Vaya un enigma!....

El caballero no se esplicó mas, pero dió á Estéban una palmada en el hombro y le dijo:

—Eres el único jóven de provecho que he encontrado en el mundo; cuenta conmigo, irémos á París y veré la novia; si es tal como la pintas, dame esos cinco, la hago mi sobrina al instante.... pero me darás quince dias....

Estéban convino en ello. Un punto estaba ganado y era mucho, lo demás vendria despues; y únicamente en París, cuando una casualidad calculada pusiera en presencia á Mr. Delarue y al caballero Jolyotte.

El tutor habia cambiado enteramente; estaba loco de júbilo con su sobrino, pero el contento que se mostraba en su conducta no impedia que en ciertos momentos se descubriera tambien el indicio de una preocupacion adormecida por el tiempo, pero siempre firme.

El sábado principalmente era notable esta preocupacion; en ese dia el caballero parecia muy abatido, muy triste y silencioso. Solia ausentarse ó comer solo.

Todo esto le pareció de buen agüero á Estéban.

El caballero no habia olvidado pues á Mr. Delarue.

Un dia que sorprendió á su tío muy pensativo por el jardin, le contó la historia de un pobre hombre que tenia una manía singular.

Todos los sábados se encerraba sin querer ver á nadie; y lo mas extraño es que mandaba poner tres cubiertos en su mesa, uno para su hija, el otro para él y el otro para un desconocido que no llegaba nunca. Se ignoraba el origen de ese capricho.

El caballero se trastornó al oír esta historia, y preguntó con una emocion mal disimulada cómo se llamaba el viejo.

—No lo sé, respondió Estéban: me contó lo que os acabo de decir un amigo que le conocia.

(S concluirá.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don A. V. y P.: *Sevilla*.—Se le ha duplicado el cuaderno del dia 5.

Sra. D^a M. C. de G.: *La Bisbal*.—Se le ha remitido el prospecto que pide por la suya del 5 del corriente.

Sra. D^a F. F. M. de H.: *Madrid*.—Queda suscrita la Sra. D^a P. J. C. de Granada.

Srta. D^a M. S.: *Algeciras*.—Queda suscrita hasta fin de Diciembre.

Sra. D^a D. M.: *Sanlúcar de Barrameda*.—Id. Id.

Los Sres. suscritores cuyo abono termina en 30 del presente que no quieran sufrir retraso en el recibo de sus numeros, deberan renovar su suscripcion por medio de los comisionados respectivos o remitiendo sellos de franqueo o libranzas de tesoreria.

Solucion del geroglifico anterior.

Las manos en la rueca y los ojos en la puerta.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

